

LA TARIMA DE MOHAMED MRABET

*El limón* que tienes entre tus manos ya lleva recorrido un largo y azaroso trayecto. Fue publicado en 1969 en inglés y de ese *The Lemon* procede esta traducción al español. Pero el original no fue escrito en ese idioma, ni tan siquiera fue escrito, sino recitado. Paul Bowles se lo escuchó contar en español a Mohamed Mrabet antes de transcribirlo, y además ya se trataba de una traducción, realizada por el propio autor, del relato que había grabado previamente junto a Bowles en cintas magnetofónicas en *dariya*, el árabe que se habla en Marruecos. E incluso, él mismo asegura que en realidad sus historias se las cuenta en rifeño un pez, llamado Mrabet, que le premia con narraciones fabulosas por haberle perdonado la vida hace tiempo, al devolverlo al océano cuando lo encontró en un remanso de agua formado por la bajamar. Así que esta publicación en español cincuenta años después de la aparición del original me resulta un acto de justicia poética, ya que en ese idioma le contó Mrabet este relato a Bowles.

Días antes de conocer en persona a Mohamed Mrabet, sentí la necesidad de documentarme sobre su vida. No era el primero que compartía charla con él en el tangerino Café de Paris. En un reportaje, leí cómo Mrabet relataba una discusión en clase con su profesor de francés, al que había empujado y que se había tropezado con la tarima. Me sorprendió el enorme parecido con una de las escenas iniciales de *El limón* y, sobre todo, me llamó la atención una palabra que desvelaba un error en el borrador de mi traducción, ya que el *step* del original lo había dejado en un simple escalón. ¿Acaso he visto alguna vez escalones en las aulas de estas tierras? En el mejor de los casos, hay una tarima donde se coloca el profesor. Reflexionando sobre el asunto, me convencí de que el antiguo maestro de Bowles no debía de pisar ninguna tarima, por lo que el autor desconocía esa palabra innecesaria, así que tuvo que conformarse con un *step* con el que se tropezara el profesor de francés.

Y entonces me pregunté si, en la cadena de traducciones, el libro no habría perdido otras tarimas. Así que, por encima de todo, mi encuentro con Mrabet me parecía la oportunidad perfecta para detectarlas. Sentía que debía escarbar para encontrarlas. Conformarme con el libro en inglés como

fuelle única para la traducción me parecía absurdo, teniendo en cuenta que el propio autor se estaba tomando un té delante de mí. Charlaba animado rememorando, entre otras aventuras de su vida bohemia en Tánger, cómo conoció a Jane Bowles. Lo escuchaba atento, casi entusiasmado y, sin embargo, una voz me gritaba desde el fondo de mi cabeza: Pídele que te hable de *El limón*, dile que quieres leerle el borrador para conocer su opinión, pregúntale si guarda las cintas originales. Sin embargo, la prudencia me dictó que me limitara a lanzar alguna pregunta sencilla para que mordiera el anzuelo, pero el pez se me escabulló con destreza.

En cualquier caso, me contenté con ser consciente de que debía buscar esas tarimas escondidas y, durante las primeras revisiones de la traducción, las busqué sin descanso. Consulté las dudas que surgieron a algunos tangerinos que han crecido en las mismas callejuelas donde transcurre esta historia. Gracias Mohamed por tu luz clarificadora, gracias Malika por tu *baraka* y por todo lo demás.

Meses después, Mrabet me invitó a su casa. Me tenía preparada una sorpresa. Al entrar en su salón, entre docenas de objetos fabulosos, me asombró encontrar un estuche con una docena de cintas de *cassette* y un reproductor. En nuestro primer

encuentro me había dicho que no guardaba las grabaciones que hizo con Paul Bowles de *El limón*. Ni las originales en *dariya*, ni su traducción al español. Sin mediar palabra, puso en marcha el aparato y una voz comenzó a contar una historia. Ante mi visible confusión, Mrabet me aclaró, ya recostado en un diván, que se trataba de sus memorias. El Mohamed Mrabet de la grabación le contaba en español su propia historia a un pez llamado Mrabet. Esa historia abrazaba la de *El limón*, y se entrelazan algunos detalles fabulosos absolutamente idénticos con otros sometidos a sutiles variaciones. El profesor entonces no borraba las frases de la pizarra, sino que las tapaba entornando un lateral del encerado que se desplegaba. Y de nuevo la discusión con el maestro (mucho más violenta) y el Mrabet de la cinta decía que su profesor se tropezaba con unos escalones de la zona de madera cerca de la pizarra y sonreí pensando que a eso en realidad se le llama tarima y que, ahora sí, Mrabet me estaba dando la clave para la revisión final de la traducción. Por fin lo entendía.

Esa misma tarde, con la magia de Mrabet aun flotando en mi cabeza (como si fuera kif), comencé una nueva lectura. Esta vez en voz alta, imitando la forma en la que fue relatada la historia original.

Sentía que Mrabet me había hecho el mejor regalo posible. No se trataba de corregir un puñado de tarimas, lo relevante era que respetara su oralidad. Poco importa si Bowles añadió o modificó algún pasaje, asumamos su mestizaje, forma parte de su encanto. Esta historia se la contó en rifeño un pez a Mohamed Mrabet, que la grabó primero en *dariya* y después en español, que Paul Bowles la tradujo al inglés y ahora yo la devuelvo al español. Me da por pensar que en la sencillez de su prosa se encuentra la esencia de Mrabet, que ha saltado sin problemas de un idioma a otro. Y ahora estoy convencido de que lo importante es que suene bien al leerla en voz alta, así que quizás eso es precisamente lo que deberías hacer: leerla en voz alta. Es el propio Mrabet el que te está contando las aventuras de Abdeslam.

*Alberto Mrteb*

Kenitra, septiembre 2019